

grandecimiento con las manos llenas de alianzas y puras de toda sangre.”

Prolongados aplausos sucedieron á este discurso, y se pidió su impresion y remision á los departamentos y á las potencias extranjeras.

La asamblea votó que el gobierno provisional habia merecido bien de la patria.

VIII.

En tanto que Paris se entregaba á la seguridad y contento que le inspiraban su soberanía nacional y la armonía que reinaba entre sus representantes y dictadores, se agitaba una gran cuestion en el espíritu público, y sobre todo en el ánimo de Lamartine.

Habia un gran intervalo que pasar entre el advenimiento de la asamblea nacional y el voto de la constitucion. ¿Quién decretaria la forma del nuevo poder ejecutivo? ¿Cuál seria la naturaleza de este poder? ¿Continuarían los dictadores ejerciéndolo en presencia y con la sancion de la asamblea? ¿Lo ejerceria la asamblea directamente por medio de comisiones de gobierno renovadas sin cesar? Por último, lo delegaria la asamblea? Y en tal caso, ¿lo delegaria á uno solo ó á muchos? Estas eran las tres hipótesis que dividian los ánimos.

El primer partido era la dictadura; el segundo la anarquía y confusion del poder; el tercero solo podia ser practicable. Todos estaban acordes respecto á la necesidad de que la asamblea delegase sus poderes; pero despues se dividian, pues los hombres recién llegados á Paris, los menos instruidos del estado de las cosas, los mas

impacientes por un retorno á las antiguas formas, querian que la asamblea nombrase un solo dictador temporal, que debia ser al mismo tiempo primer ministro, nombrar los demas ministros y gobernar por ella.

El menor número pretendia que la asamblea nombrase por escrutinio un consejo ó una comision ejecutiva del gobierno, poder intermedio y fijo entre la asamblea y la administracion: dicha comision nombraria y destituiria á los ministros, convirtiéndose, mientras se establecia la constitucion, no en dictadura, sino en presidencia colectiva de la república.

Esta cuestion interesaba sobre todo á Lamartine, y á él tocaba, en efecto, mas que á nadie resolverla. La Francia, Paris, la asamblea y la Europa tenian fijos los ojos en él en este momento, esperando su determinacion. Algunos deseaban apiadirle y animarle para la dictadura; otros para acusarle y maldecirle si no aceptaba el papel que la inmensa mayoría le brindaba.

No podia él desconocer que su popularidad en Paris, aumentada hasta el delirio, en vez de gastarse por tres meses de gobierno dichoso, al traves de tantas tempestades; que las diez elecciones que acababan de imprimirle una especie de título representativo universal; que los siete ú ocho millones de votos, que en caso de necesidad se le ofrecian en toda la república, y en fin, que el favor de seiscientos ó setecientos representantes sobre novecientos, le designaban é imponian su nombre, por decirlo así, á la eleccion de la asamblea, como el hombre de las cir-

cunstancias y como el gefe único y predestinado del poder.

Pero la ambicion y la gloria no oscurecian su buen sentido y honradez. Hé aquí lo que á sí mismo se decia y lo que contestaba á sus consejeros durante las tres ó cuatro noches de insomnio en que deliberó consigo mismo ante su conciencia y ante el porvenir.

—“El sentimiento republicano es débil en Francia, y está mal representado en Paris y en los departamentos por hombres á quienes repugna la república y que la esponen con horror á las poblaciones. La república es una sorpresa, de la cual hemos hecho un milagro, por la prudencia del pueblo de Paris y por el carácter de mansedumbre, de unanimidad y de concordia que le hemos impreso. Pero las impresiones son movibles y cortas en los pueblos, y sobre todo, en Francia. No bien recobre su ánimo la mayoría de la población, que se ha lanzado por entusiasmo y por temor en el seno de la república moderada, acusará á quien le ha salvado, y se volverá contra los republicanos. Si entonces no hay republicanos de antigua fecha en el gobierno, ó si se hallan divididos delante de sus enemigos comunes, ¿qué llegaría á ser de la república? Es, pues, preciso evitar á todo trance que se dividan los republicanos, y mucho menos con motivo de la institucion que les ha de regir; es necesario proseguir conteniéndolos, moderándolos y reuniéndolos el mayor tiempo posible, hasta que la república haya echado bastantes raices en los hechos y en las ideas, para emplear indistintamente á los repu-

blicanos de todas las fechas con los republicanos de la primera hora.

“Sí, pues, admito el poder de las manos de una asamblea no republicana, ó poco republicana, ¿qué va á suceder? Una de dos cosas: ó espulsaré á mis principales colegas del poder, y este entonces será sospechoso y odioso á todos los republicanos, ó bien los llamaré á ese mismo poder, y en tal caso quedaré muy malquisto con la asamblea nacional. Yo no puedo menos de conocer que la asamblea solo me nombra con la condicion tácita de escluirlos; de modo que por un lado arruino á la república, ó declaro la guerra á la representacion nacional, imponiéndole unos hombres que le inspiran desconfianza y miedo. Esta es una alternativa que ningun hombre politico puede aceptar.

“Por otra parte, tampoco es admisible; porque ¿quiénes son entre mis colegas del gobierno provisional, iguales míos ayer, los que consentirán en ser mañana mis subordinados, y á comprometer sus nombres, su honor y su responsabilidad en mis actos? Ninguno. Al punto me dejarán solo, y me veré en la necesidad de escoger mis ministros, ya entre hombres desconocidos, ya entre adversarios reconocidos de la república.

“Pero supongamos que acepto esa alternativa fatal y que me hago cargo del poder unitario que me confiere la asamblea, ¿qué sucederá mañana? Lo siguiente:

“Todos mis rivales en la minoría del gobierno provisional; todos mis amigos de la mayoría; todos los republicanos, socialistas, terroristas ó moderados; todos los representantes, en número

de trescientos ó cuatrocientos, que han sido elegidos bajo los auspicios de esas opiniones mas democráticas, van á constituirse en terrible oposicion dentro de la asamblea, en la prensa, en el Luxemburgo, en los clubs, en la opinion y en los talleres nacionales. Una asamblea dividida se convierte al momento en tempestuosa, y los discursos y las votaciones pueden trastornar la capital y el pais entero. Antes de ocho dias se armará Paris si se le presenta ese espectáculo, y la representacion se verá amenazada.

“¿Y dónde está mi fuerza para defender á la representacion por cierto tiempo? ¿En el ejército? Solo tengo en Paris seis mil hombres, y antes de que pudiese reunir treinta ó cuarenta mil, la órden que dé la asamblea para reunirlos, será la de insurreccionarse contra ella, y disolverla.

“¿En la guardia nacional? Mas de la mitad de la nueva milicia está entre las manos de los republicanos socialistas ó convencionales, y les armará en su ayuda contra la asamblea y contra la antigua milicia que quiera proteger á la representacion.

“El deber de un verdadero republicano y de un buen patriota, consiste en sacrificarlo todo para que la república no se divida en su origen, y para que la asamblea nacional, obtenida con tantos esfuerzos, y apenas introducida por nosotros en medio de tantos como la rechazan, se vea aceptada y se apodere insensiblemente de la autoridad y de la fuerza que le pertenecen. Esta fuerza le falta hoy; es preciso dársela por todos los medios posibles, y por las manos de

los hombres que quisieran aprovecharse de ella. Esos hombres disponen de ciento veinte mil hombres de los talleres nacionales, ejército dócil y paciente hoy, insurrecto mañana á su voz; tambien tienen á sus órdenes á los delegados del Luxemburgo y de los cincuenta mil obreros fanatizados, y á la parte proletaria de la nueva guardia nacional, que cuenta sesenta mil bayonetas cuando menos: son suyos ademá, los clubs, el cuerpo de *montañeses*, por sus relaciones en la prefectura de policia y en el Hotel de Ville, los *lyoneses de la guardia republicana*, los *guardianes* de Paris, los *guias*, y otras reuniones revolucionarias armadas, que solo reciben órdenes de gefes furibundos. En cuanto yo escluya á esos republicanos de su parte legítima en el gobierno de la asamblea nacional, esta se verá sitiada, vencida, violada, y tendrá necesidad de convertirse en instrumento envilecido de los vencedores, ó de ensangrentar el recinto que yo le haya señalado para entregarla á sus verdugos.”

Esta evidencia convencía tanto el ánimo de Lamartine, que no le era dado atinar el motivo de que no la comprendiesen los hombres de estado que le prodigaban consejos mas ambiciosos. Consistía esto en que aquellos hombres, impregnados del espíritu de los departamentos, no conocian la verdadera situacion de Paris y las fuerzas respectivas de la asamblea y de las facciones.

—“Los departamentos acudirán,” decían ellos. Lamartine no lo ignoraba; pero entre la llegada á Paris de las fuerzas departamentales y la salvacion de la asamblea, mediarían ocho dias,

y estos ocho dias eran el lazo de la asamblea y la pérdida de la república.

Por último, habia un partido, que aconsejaban ardientemente á Lamartine algunos hombres que atendian mas á él y á su popularidad que al bien de la patria.

—“Retiraos, le decian; declarad que necesitais descanso, que no quereis formar parte del gobierno, y que habeis terminado vuestra obra, correspondiendo hoy á la Francia reunida concluir la suya.

Lamartine no siguió este consejo, y tomó su resolucion, sin hacerse ilusiones, sobre las consecuencias de su sacrificio.

Al dirigirse á la asamblea para llevar á cabo su resolucion, encontró un grupo de representantes en la plaza de la Concordia, quienes le instaron para que cediese á sus ruegos y aceptase la investidura del poder único.—“No, les contestó; he reflexionado bien: hay un abismo que no divisais entre la asamblea nacional y el dia en que la república se encuentre armada; se necesita un Decio para llenarlo; voy á arrojarle á él, pero os salvaré.” Dicho esto, entró en el palacio de la asamblea.

IX.

La asamblea, aunque resistiéndose por mucho tiempo, adoptó al fin, cansada mas que convencida, este partido malo, pero necesario, de una comision ejecutiva, compuesta de cinco miembros sacados á escrutinio, para el ejercicio del poder hasta el establecimiento definitivo de la constitucion.

Este escrutinio demostró inmediatamente á Lamartine que habia perdido la confianza de gran parte de la asamblea, por el sacrificio que cababa de hacer de su popularidad y de su ambicion. Su nombre, que habia tenido en los departamentos dos millones de sufragios, solo salió el cuarto de la urna de la asamblea constituyente. Castigábasele por su desinterés, pero inclinó la cabeza y aceptó aquella señal de su impopularidad naciente.

La asamblea nombró individuos de la comision ejecutiva á los diputados Arago, Garnier Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin.

Los miembros del gobierno se reunieron en casa de su presidente, Mr. Arago, y nombraron los ministros siguientes: Mr. Cremieux, para justicia; Mr. Bastide, para negocios estranjeros; Mr. Jules Favre, hombre de gran talento para el uso de la palabra, fué agregado á este ministerio como subsecretario para sostener las discusiones; Mr. Charras, interin llegaba el general Cavaignac, para guerra; el almirante Casy, para marina; Mr. Recurt, para el interior, con Mr. Carteret de subsecretario; Mr. Trelat, para obras públicas; Mr. Flocon, para agricultura y comercio; Mr. Bethmont, para cultos; Mr. Carnot, para instruccion pública, con la cooperacion de Mr. Reynaud, y Mr. Duclerc, para hacienda.

Mr. Pagnerre, que se habia señalado desde el 24 de Febrero por incesantes servicios hechos al gobierno en el papel modesto, pero muy importante, de secretario general del consejo, conservó este empleo con voz consultiva. Mr. Marrast siguió de corregidor de Paris, hasta que se modificase esta institucion revolucionaria.

Mr. Caussidiere conservó tambien la prefectura de policía. Habia temeridad y prudencia en esta eleccion, pues ninguna persona podia dafiar ó servir mejor que él á la asamblea. Lamartine le creia capaz de hacer las dos cosas, pero creyó que preferiria lealmente lo segundo. Escluirlo era arrojarlo á las conspiraciones, que eran su elemento; admitirlo, era conquistarlo para la causa del órden.

No bien tuvo tiempo el gobierno así constituido de empuñar las riendas de la administracion, cuando se realizaron las previsiones de Lamartine, y probaron á la asamblea que su seguridad era engañosa, y que el suelo revolucionario de Paris podia tragar fácilmente una soberanía que le repugnaba.

El gobierno provisional habia decretado una fiesta militar nacional para el dia en que la representacion se instalase en Paris: queria que la capital armada acogiese con un saludo á la Francia en las personas de sus representantes, y que la asamblea pasase revista á las innumerables bayonetas cívicas, que debian inclinarse ante ella, y protegerla contra las facciones. Disposiciones mal calculadas de los directores de los preparativos hicieron prorogar al 14 de Mayo esta ceremonia, que debia tener lugar en el Campo de Marte. El 12 de Mayo, Mr. Recurt, ministro del interior, anunció de nuevo que la fiesta no se verificaria hasta el 21; pero las diputaciones de la guardia nacional de los departamentos se irritaron, murmuraron y conmovieron algun tanto á Paris. Los gefes de partido vieron estos síntomas, se aprovecharon de ellos, y buscando un pretexto para sublevar al pueblo,

lo encontraron en el nombre de la Polonia. Hacia quince años que el pueblo se habia acostumbrado á responder á este nombre, cuya causa patrocinaban hombres influyentes de la asamblea, como MM. Vavin, Volowski y Montalembert, y los facciosos dirigieron las disposiciones del pueblo, para aconsejarle una manifestacion en favor de la Polonia. Citaron al efecto para el 15 de Mayo á los clubs á la plaza de la Bastilla, para ir, despues de firmar una peticion, á la asamblea á arrancar una declaracion de guerra á la Rusia; esto es, la conflagracion del continente y la coalicion de todas las potencias contra la república: el plan era ponerse en marcha por los bulevares, reunir al paso las masas tumultuosas de Paris y llevar á la barra de la asamblea la peticion del pueblo.

Los polacos, á pesar de las inmensas reparaciones que habian obtenido por mediacion de la república, no eran estraños al movimiento, y Lamartine estaba ya informado por sus agentes confidentiales de que habian salido de Cracovia emisarios de los clubs con la mision de atizar el fuego, hasta conseguir que la asamblea declarase la guerra en favor de la Polonia.

El gobierno estaba resuelto á oponerse á aquellos proyectos, porque una peticion presentada por cien mil hombres es una opresion y no un voto. El complot no tenia inteligencias en la guardia nacional ni en la movilizada: era una tentativa de los partidos desesperados, una saturnal de la mas baja demagogia, que affligia mas que alarmaba al gobierno.

Informado el dia antes, aunque sin precision, por el ministro del interior, el gobierno llamó al

prefecto de policía. Caussidiere contestó que estaba enfermo, pero que no había motivo alguno de temor para el día siguiente. Su ausencia, su silencio y su inacción durante el movimiento del 15 de Mayo despertaron sospechas de connivencia que no se han justificado; pero Luis Blanc, Albert y el partido socialista, excluido del gobierno por Lamartine y sus colegas, debían pretender agriar á Caussidiere contra una asamblea que se separaba de ellos. Los montañeses, que en número de dos ó tres mil hombres ocupaban la prefectura, fortificados en ella, estaban en relación directa con los clubs mas agitadores.

El gobierno empleó parte de la noche en dar órdenes circunstanciadas al general Courtais, comandante de la guardia nacional, y á los generales Tampour y Foucher, el primero gefe de la guardia movilizada, y el segundo de las tropas de Paris.

FIN DEL LIBRO CATORCE.



LIBRO DECIMOQUINTO.

I.

EL día 15 de Mayo, al amanecer, fueron llamados al Luxemburgo los generales y el ministro del interior, para que diesen cuenta de las disposiciones que habían tomado, y concertar otras nuevas: nada se omitió para mantener la tranquilidad pública y para asegurar con la fuerza la inviolabilidad de la representación. El general Courtais obtuvo el mando superior, conviniendo en que se apostasen doce mil hombres de la guardia nacional al rededor del palacio Bourbon, y que los batallones de la movilizada se estacionarian como reserva bajo los árboles de los Campos-Eliseos.

La sesión de la asamblea se abrió á las doce asistiendo á ella Ledru-Rollin y Lamartine, como tambien los ministros MM. Arago, Marie, Garnier-Pagés y Pagnerre estaban en el Luxemburgo para avisar lo que aconteciese, ó proveer lo necesario en caso de que sus colegas se